

Nuestra Señora de Guadalupe, Emperatriz de América

Our Lady of Guadalupe, Empress of America



La familia de lectores y clientes de OCP recibe Palabra, Vida y Fe como respuesta al llamado a permanecer vinculados en nuestra misión apostólica. El trabajo presentado en Palabra, Vida y Fe está diseñado para ayudar al pueblo de Dios a celebrar la fe a lo largo del año litúrgico oficial y popular. Por ello, sus componentes son fáciles de usar y comprensibles para todos. La finalidad de Palabra, Vida y Fe es ayudarnos a vivir diariamente la fe en la experiencia doméstica, de encontrar y celebrar la presencia de Dios y el encuentro continuo con la comunidad entera, cuando ésta se reúne a celebrar la Eucaristía dominical.

Aunque Palabra, Vida y Fe se publica solamente en español, aquí presentamos una traducción al inglés para que nuestros lectores la puedan incluir en su boletín bilingüe o como ayuda para la catequesis. Liturgia y Canción les ofrece esta breve columna sobre Nuestra Señora de Guadalupe.

La Virgen de Guadalupe nos pertenece a todos, no sólo a México y a los mexicanos. La imagen morena, mestiza, de la madre del “Verdadero Dios por quien se vive” es la manifestación clara de la alianza renovada que Dios hace con los pueblos de América Latina. La Virgen de Guadalupe es quien reconcilia los años sangrientos no sólo de la patria mexicana, sino de toda la violencia que había significado la conquista para miles y miles de indígenas del Nuevo Mundo.

Mientras que algunos conquistadores actuaron cegados por el oro y el ansia de poder, los religiosos franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas se dieron a la tarea de vivir con la gente, aprender su idioma y sus culturas. ¿Cómo predicar el Evangelio a estos pueblos que jamás habían oído hablar del Dios de Abraham, Isaac y Jacob? ¿Cómo hablarles acerca de Jesús y de su Reino? Estos misioneros marcaron la diferencia entre la Palabra y la espada.

Pero el Evangelio se extendió rápidamente sólo a partir del martes 12 de diciembre de 1531, fecha en que la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe se quedó plasmada en la tilma de Juan Diego. A la sazón, el derramamiento de sangre a causa de la conquista era algo inaudito, los pueblos indígenas estaban desapareciendo y no abrazaban la fe

These seasonal reflections are from Palabra, Vida y Fe, the OCP publication written entirely in Spanish to help individuals and families develop a regular prayer life and strengthen their Catholic faith throughout the year. This resource offers readings, inspirational reflections, saints' profiles, and more for every day of the week. The goal of this guide for daily prayer is to help us all live out our faith in our homes and find and celebrate God's presence. When this happens, we're better prepared to share our faith as members of a community when we gather to celebrate the Sunday Eucharist. In this issue, we offer you an English translation of a reflection written for Our Lady of Guadalupe.

The Virgin of Guadalupe pertains to all of us, not just to Mexico and its people. The dark-skinned, *mestiza* (mixed race) image of the mother of “the true God for whom we live” is a clear manifestation of the renewed alliance that God made with the Latin American people. It is the Virgin of Guadalupe who reconciles years of bloodshed, not only in the Mexican homeland, but throughout the New World, where violence led to the conquest of thousands upon thousands of indigenous people.

While some conquistadors were blinded by a yearning for gold and power, the religious orders of Franciscans, Dominicans, Augustines, and Jesuits were given the task of living with the people and learning their languages and cultures. How did they preach the Gospel to those who had never heard of the God of Abraham, Isaac, and Jacob? How did they speak to them about Jesus and his kingdom? These missionaries were the difference between the Word and the sword.

It was only after Tuesday, December 12, 1531, the day that Our Lady of Guadalupe was embodied on Juan Diego's cloak, that the Gospel spread rapidly. At that time, the bloodshed of the conquest was unprecedented; the indigenous people were disappearing and had not

embraced the Christian faith. To them, their gods had died or been destroyed by the Spaniards, and without their gods, their lives had no purpose.

The name Juan Diego in Náhuatl was *Cuauhtlatatzin*, “the talking eagle.” In his language, signs and symbols are used much more than words. In fact, the only way to speak truthfully about the land is expressed in “flower and song,” the purity of the earth, the purity of the spirit. While he walked from Cuautitlán to Tlatelolco to participate in Mass, the Virgin of Guadalupe appeared to Juan Diego for the first time on the hill of Tepeyac, and he called her, tenderly, “my daughter (maiden).” She asked him to go before the bishop Fray Juan de Zumárraga to ask him to build a temple. As was to be expected, they didn’t believe Juan Diego, who asked that the “Lady from heaven” send someone who wasn’t a *macehual*—the lowest class among the Nahua people—no more than a “wooden stair.” Nevertheless, the tenderness of the Lady from heaven overcame the humility of Juan Diego; she asked that he go and take the sign that the bishop had asked for in their second meeting.

Due to the illness of his uncle, Juan Bernardino, Juan Diego hid himself so that the Lady would not see him, but she still found him. Juan Diego told her that his uncle was sick. The answer was unconditional: “Am I not here, who am your mother?” The following day, Juan Diego went to his meeting and the bishop asked for a sign. Through the Castile flowers, grown on a rocky peak in the winter season, Juan Diego knew that what he carried was eternal truth. He had experienced it and carried it as a symbol. He unfurled his cloth before the bishop, who cried in repentance for not having believed the messenger of the Lady.

The Nahua people, upon seeing this image with the colors of their gods in a pregnant woman, with her face lightly bowed, understood the divine language of the image. They knew that she was not a goddess because a god bows before no one. Although she was not a goddess, they knew that she was very important because the sun (considered a god) radiated from her and she herself had the colors of a queen and a goddess. In addition to speaking their language, she had the color of their skin and was of their own race. This self-image is the manifestation of God’s love for their people, their culture and suffering. Even today, the Virgin of Guadalupe is the soul of the Latin American people and, in her, both immigrant and resident discover a meeting place from which to turn again toward God, who comes to us in the person of Jesus. Truly, she is the queen and empress of all America.

Translated by Alexandra Brown.
© 2007, 2009 OCP. All rights reserved.

Miguel Arias, Product Development Specialist at Loyola Press, serves as editor for OCP’s devotional resource in Spanish, *Palabra, Vida y Fe* (SH-101LC). He holds a master’s degree in pastoral studies from Catholic Theological Union and has been a faculty member at Tepeyac Institute, the Cultural Institute of Leadership, and the Hispanic Institute of Liturgy. He lives with his wife and daughter in Chicago where he serves as a catechist with adults at Saint Francis of Assisi Catholic Church.

cristiana. Para ellos, sus dioses habían muerto o habían sido destruidos por los españoles, así pues, sin sus dioses su vida no tenía sentido.

El nombre náhuatl de Juan Diego era Cuautlatohuatzin, “el que habla como las águilas”. En su lenguaje, más que palabras se utilizan símbolos o signos. De hecho, la única manera de decir verdades sobre la tierra se expresa en “flor y canto”, la pureza de la tierra, la pureza del espíritu. A él mismo, mientras caminaba de Cuautitlán a Tlatelolco para participar en la Misa, se le apareció por vez primera la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac, y tiernamente, la llamó “mi niña”. Ella le pidió que fuera ante el obispo fray Juan de Zumárraga y le pidiera que se construyera un templo. Como era de esperarse, no le creyeron a Juan Diego, y éste le pidió a la “Señora del cielo” que enviara alguien que no fuera “macehual” —la clase más baja entre los nahuas— o “escalera de tablas”. No obstante, la ternura de la Señora del cielo doblegó la humildad de Juan Diego; le pidió que fuera y llevara la señal que el obispo había pedido en la segunda entrevista con él.

Dada la enfermedad de su tío Juan Bernardino, Juan Diego se escondió para que no lo viera la Señora, pero ella lo encontró. Juan Diego le comentó que su tío estaba enfermo. La respuesta fue incondicional: “¿No estoy yo aquí que soy tu madre?” Al día siguiente, Juan Diego fue a su encuentro y le pidió la señal. Mediante las flores de castilla, crecidas en un picacho rocoso y en temporada invernal, Juan Diego supo que lo que llevaba en sus flores era la verdad eterna. La había experimentado y la llevaba en su símbolo. Al desplegar su manta frente al obispo, éste lloró de arrepentimiento por no haber creído al mensajero de la Señora.

Los nahuas, al ver esta imagen con los colores de sus dioses en una mujer embarazada, con el rostro ligeramente inclinado, entendieron el lenguaje divino de la imagen. Sabían que no era diosa porque un dios no se inclina ante nadie. Aunque no era diosa, sabían que era muy importante porque del interior salía el Sol (a quien consideraban como dios) y ella misma tenía los colores de una reina y de una diosa. Además de hablar su idioma, tenía su color de piel y era de su propia raza. Esta imagen en sí misma es la manifestación del amor de Dios por su gente, su cultura y el sufrimiento de su pueblo. Hasta la fecha, la Virgen de Guadalupe es el alma de los pueblos de América Latina y, en ella, tanto el emigrante como el residente, descubren su punto de encuentro para ir nuevamente hacia el Dios que viene a nosotros en la persona de Jesús. En verdad, ella es la Reina y Emperatriz de toda América.

© 2007, 2009 OCP. Derechos reservados.



Miguel Arias, impulsor de productos en español en Loyola Press, es el autor de las reflexiones publicadas en *Palabra, Vida y Fe* (SH-101LC). Obtuvo su maestría en estudios pastorales en Catholic Theological Union y ha impartido cursos en el Tepeyac Institute, el Cultural Institute of Leadership y el Hispanic Institute of Liturgy. Vive con su esposa y su hija, en Chicago, donde da clases de catecismo de adultos en la parroquia de San Francisco de Asís.